

República Dominicana: ¿una democracia frágil?

Manuel Quiterio-Cedeño

Después de dos consultas electorales cuyos resultados manifiestan la aspiración por cambios sociales y la búsqueda de esquemas políticos diferentes, capaces de producir un reordenamiento de la vida nacional, República Dominicana ha dado algunos pasos adelante, pero la impresión más generalizada es que no han sido tantos como son necesarios y ni todos los que las circunstancias han permitido.

Después de 30 años de dictadura y aislamiento internacional en que Rafael Trujillo prácticamente mutiló el desarrollo político y trastocó toda la estructura social del país, han pasado poco más de dos décadas.

Pero los desajustes sociales no han sido borrados. Al ajusticiamiento de Trujillo, en mayo de 1961, siguió un período de convulsiones que trajo un gobierno de transición y luego elecciones libres en 1962, ganadas limpiamente por el Partido Revolucionario Dominicano (PRD).

Pero, la propuesta reformista de este partido encabezado entonces por el electo presidente de la República, Juan Bosch, era en ese momento una aspiración muy ambiciosa para una sociedad donde no había prevalecido la luz. De las tinieblas, como resultado de una larga noche de 30 años de dictadura, surgieron las fuerzas que crearon una alianza de grupos militares y económicos alentados por la embajada de Estados Unidos, que terminaron violentamente (en septiembre de 1963) una experiencia democrática a sólo siete meses de iniciada.

La sombra de Trujillo

Al golpe siguió la confusión, pero en poco tiempo la respuesta se fue organizando hasta culminar con la revolución armada patrocinada por el PRD y un grupo de militares que en abril de 1965 inició un movimiento de reinstauración del gobierno depuesto 20 meses antes.

A la rebelión militar Washington respondió con una segunda intervención militar y sus miles de "marines" sólo se retiraron después de desmontar todos los resortes de la insurgencia y dejar en el Palacio Nacional a Joaquín Balaguer, uno de los "productos" más acabados de los 30 años de dictadura de Trujillo.

Balaguer comenzó entonces un período de represión violenta de toda disidencia y convirtió al aparato militar y policial en un mecanismo efectivo de persecución

política y en su principal sostenedor. En 1970 se impuso en "elecciones" y repitió la fórmula en 1974.

El PRD fue una de sus principales víctimas. Sus dirigentes fueron perseguidos y sometidos a un cerco económico y en ocasiones sobornados. Luego de una división en 1973, el partido se reorganiza y se lanza a una confrontación a fondo contra Balaguer, prometiendo el cambio sin violencia y la erradicación de la estructura del Estado de la corrupción que había corroído hasta la médula al régimen de "despotismo ilustrado" que ya duraba 12 años.

Las contradicciones del PRD

El PRD gana las elecciones de 1978, venciendo los obstáculos creados por el propio Balaguer y una corrupta e inescrupulosa dirigencia militar que se resistía a ver el fin de sus privilegios medidos en fortunas muchas veces millonarias.

Antonio Guzmán, próspero comerciante y ganadero, luego de ser juramentado como presidente, comenzó el dismantelamiento de esta estructura militar, contando con un amplio apoyo popular, con la aceptación de Washington y con la bendición de los grupos tradicionales de poder económico.

El nuevo presidente, sin embargo, se rodeó de un grupo de tecnócratas y burócratas con poco o ningún compromiso con los postulados de su partido y sin ningún sentido de la administración del Estado, y peor aún, ya en el sillón presidencial, no buscó ni propició la reunificación de su partido.

Las luchas y contradicciones internas de los perreidistas adquirieron entonces la dimensión de problema nacional y el presidente Guzmán fue perdiendo rápidamente su base original de apoyo social. En lucha contra los remanentes de la poderosa maquinaria balaguerista y de un amplio sector de su propio partido, no podía enfrentar con éxito las tareas de gobierno y tuvo que buscar apoyo fuera del PRD, en las FF.AA. y en algunos sectores que fueron opositores del perreidismo.

Por otra parte, fue tentado con la posibilidad de la reelección, una de las principales objeciones de la lucha política del PRD contra Balaguer.

En estas circunstancias el proceso se descompuso y si bien se mantuvo firme la apertura democrática y el respeto a las libertades políticas, afloró la corrupción en la administración pública haciéndose extensiva hasta la propia casa de gobierno.

Lo que debió ser una lucha contra los enemigos tradicionales de su partido, se convirtió entonces en una confrontación sin límites contra los que le cuestionaban desde el propio PRD, incluyendo al líder José Francisco Peña Gómez; lo que debió ser el enfrentamiento de los problemas económicos que afectaban al país, se

convirtió entonces en el uso demagógico de los recursos del Estado en función de las aspiraciones del Presidente y su reducido anillo de favorecidos.

El gobierno, que fue un éxito en el inicio de un proceso de apertura democrática y de estabilidad en el poder, se convirtió en un fracaso en el aspecto económico.

Una democracia frágil

El fenómeno del PRD-gobierno, PRD-oposición, permitió mantener el partido como opción frente a un Balaguer rehabilitado por la incapacidad del gobierno.

Salvador Jorge Blanco, el candidato del PRD, paradójicamente luchando contra Antonio Guzmán, ganó en las elecciones de mayo de 1982. Jorge Blanco, un candidato joven, recorrió el país varias veces, convirtiéndose en un hombre de amplia popularidad y con un sólido apoyo en los sectores medios, superando por un reducido margen a un Joaquín Balaguer, anciano, con la carga de un pasado manchado por la sangre y la corrupción y con un partido más dividido aún que el propio PRD.

Al comenzar su segundo período, el PRD tiene un sólido expediente en lo que respecta a las libertades públicas y al mantenimiento de un régimen basado en la institucionalidad democrática.

Pero, el menoscabo de las condiciones de vida de las masas populares es progresivo; el aparato productivo del Estado está deteriorado; la inversión privada estancada; un efecto negativo creciente de los compromisos de la deuda externa; un presupuesto público deficitario; una ofensiva coordinada de los grupos económicos para afianzar su control de la economía y la carencia de un proyecto político y económico coherente, ponen al gobierno del PRD en una situación difícil.

Los primeros meses no son suficientes para predecir un descalabro, pero las medidas gubernamentales frente a la crisis y la recurrencia al Fondo Monetario Internacional auguran dificultades para la frágil democracia dominicana.